

cumplimiento de un deber, Varnier vivió muchos años más con sus hijos, y no murió sino después de haber logrado restablecer el crédito de su casa, gracias á los esfuerzos de Julian.

Se hallaban en el mas alto punto de su prosperidad, cuando un día anunciaron á M. Edmond de Alouzy, viéndose entrar á un hombre calvo, pobremente vestido, y cuyas alteradas facciones revelaban muchas desgracias: era su antiguo protector que, de proyectos en proyectos, había disipado todo su patrimonio, había anulado sus preciosas facultades y perdido los veinte mejores años de su vida: venia á solicitar el apoyo de Julian para obtener un humilde empleo que le permitiese satisfacer á las necesidades de cada día.

Julian no le dejó acabar su petición.

— No os dé pena por eso, esclamó Julian, os quedaréis á mi lado y conmigo. Formaremos una asociación en la cual pondréis vuestra imaginación por capital; nos daréis consejos, suministrareis ideas....

— Y vos os encargareis de realizarlas! esclamó Alouzy. Ay! Así continuaremos lo que hemos hecho siempre. Desde que existo he sembrado por todas partes planes y proyectos cultivados por otros, y por falta de orden y de perseverancia, he sido constantemente un hombre inútil, acaso con mas recursos de los que eran necesarios para poder hacer importantes servicios á mi patria.

VALENTIN.

(Véanse las páginas 113 y 281.)



La inocencia de Susana.

Hemos dicho que Valentin tomó la naturaleza en lo vivo de la realidad; para él no hubo formas consagradas ni líneas tradicionales: la noble anatomía, la desnudez ideal, le interesa mucho menos que el prisma singular, desordenado, armonioso y poético siempre de la vida real.

Sin embargo, á pesar de este fallo que ha pronunciado la posteridad sobre las obras de Valentin, no por eso se debe creer que no haya pintado mas que cuadros de una naturaleza inerte, contrahecha y vulgar. Aunque haya manifestado menos grandeza que el Caravaggio en las composiciones, y aunque su estilo no sea tan imponente como el del pintor ombardo, sin embargo, sabia dar cierta distinción á las escenas mas triviales y sacaba mucho partido de los contrastes.

Los cuadros que posee el museo del Louvre de este pintor son mas que suficientes para que podamos apreciar el vigor y la originalidad de su talento, porque en ellos se encierran todas sus cualidades distintivas, y por consiguiente pueden servir de base á la exacta definición de su carácter. Es cierto que algunos de esos cuadros están sacados de la Historia Sagrada, pero debemos añadir que no tienen otra cosa de ella fuera de la naturaleza del asunto; lo demas la buena voluntad del espectador debe suplirlo. Para Valentin, la *Casta Susana* no es una de esas mujeres timidas cuyo pudor realza la belleza, sino una criada con la mano encarnada aun de haber fregado, una simple muchacha del pueblo con encantos vulgares, púdica sin afectación y sin coquetería, no sabiendo apenas lo que quieren de ella y no

creyéndose con atractivos capaces de reanimar ardores tan tardíos.

Los dos viejos que la han visto con ojos concupiscentes, son hombres en quienes la pasión lucha con la edad, vigorosos aun y bien conservados, á pesar de las infinitas arrugas de sus frentes. El uno de ellos, disimulando su embaraço y su vergüenza bajo una cólera aparente, trata de justificarse acusando; su figura tiene un buen carácter, su ademán es enérgico y están bien comprendidos sus paños; es un modelo del Poussin hecho con el pincel de Manfredi. El otro olvidando los soldados que le tienen preso, y el juez que va á condenarle, no piensa mas que en la jóven, cuya vista sigue despertando sus deseos; su mirada es apagada y húmeda, su boca le da la espresion de un sátiro, y su cráneo está guarnecido de cabellos encanecidos ya, pero espesos y bien plantados. Es una cabeza comun, tratada con el sentimiento del Españoleto, con algo de sequedad en las arrugas de la piel, pero tambien mucho vigor de modelado, y una precision de tono, y un acento de verdad sin ejemplo.

HISTORIA

DE UNA JOVEN SALVAJE

HALLADA EN LOS BOSQUES DE LA CHAMPAÑA EN 1731.

En el mes de setiembre de 1731, una jóven de nueve á diez años, acosada por la sed, entró á la caída de la tarde en la aldea de Songy, situada á cuatro ó cinco leguas de Chalons en la Champaña. Iba descalza, con el cuerpo cubierto de harapos y de pieles, los cabellos bajo una gran cascara de calabaza y las manos y el rostro tan negros en apariencia como si fuera una verdadera negra africana. Además iba armada con un palo corto y grueso por la punta, en forma de maza. Los primeros aldeanos que la vieron, echaron á correr diciendo: «El diablo! El diablo!» Todos cerraron con precipitación sus puertas y ventanas, pero uno, á quien sin duda se le figuró que el diablo tenía miedo de los perros, la soltó uno de presa armado con un collar de puntas de acero. La muchacha le esperó á pié firme con su maza de armas en las dos manos, y cuando el perro llegó á su alcance, le descargó un golpe tan terrible en la cabeza que le hizo caer muerto á sus piés. Loca de alegría con su victoria, se puso enseguida á saltar repetidas veces por encima del cuerpo del perro. Luego quiso abrir una puerta y no habiéndolo podido lograr, se volvió al campo por el lado del río y se subió en un árbol donde se quedó dormida.

El señor vizconde de Epinoy que se hallaba en aquel momento en su palacio de Songy, cuando supo que aquella jóven salvaje se había metido en sus tierras, dió órdenes para que la prendieran, á un pastor que era el primero que la había visto andando por entre las viñas. Un aldeano imaginó que acaso tendría sed, y aconsejó que se llevase un cubo lleno de agua al pie del árbol, para ver si bajaba. Así se hizo y cuando todo el mundo se retiró, aunque todos se habian puesto en emboscada, la jóven después de mirar bien por todos lados, bajó y fué á beber al cubo metiendo en él la barba pero desconfiándose en cuanto oyó ruido, subió otra vez á la copa del árbol en menos tiempo del que habria sido menoscopa para llegar y apoderarse de ella. No habiendo salido bien esta primera estratagemá, la persona que la inventó, dijo que era necesario apostar allí cerca una mujer con al-

gunos niños, porque ordinariamente los salvajes no los huyen como á los hombres, y sobre todo que era necesario mostrarle un rostro risueño y afable. En efecto, una mujer con un niño en los brazos se puso á pasear alrededor del árbol con las manos llenas de legumbres y con dos peces que mostraba á la salvaje, la cual deseosa de cojerlos iba bajando algunas ramas volviendo á subir luego. La mujer, continuando siempre sus invitaciones con ademán afable, la hacía todas las señales posibles de amistad, tales como pegarse en el pecho como para asegurarle que la quería mucho y que no la haria daño ninguno, tanto, que logró infundir á la salvaje la suficiente confianza para que bajara por los peces y las legumbres que la ofrecian; pero la mujer, alejándose insensiblemente, dió tiempo á los que estaban ocultos para que se apoderasen de la jóven y la llevarán al palacio de Songy. Primeramente la hicieron entrar en la cocina mientras se iba á dar parte á M. de Epinoy. Las primeras cosas que llamaron la atención de la jóven fueron las aves que estaba asando el cocinero; se arrojó sobre ellas con tanta agilidad y avidez, que al cojerlas ya las tenía entre los dientes. M. de Epinoy que entró enseguida, cuando vió que estaba comiendo, mandó que la dieran un conejo, el cual fué despedajado y comido en un segundo. Los que entónces la examinaron, juzgaron que podría tener unos nueve años. Parecía negra, pero después de haberla lavado muchas veces, se vió que era naturalmente blanca, aunque su piel estaba muy tostada. Tambien se notó que tenía los dedos de las manos, sobre todo los pulgares, gruesos en demasia, relativamente al resto de la mano que era bastante bien hecha. Ella misma explicó después, que la gordura y fuerza de sus pulgares le eran muy necesarias en la vida errante que llevaba en los bosques, porque, cuando se hallaba sobre un árbol, y queria pasarse á otro sin bajar al suelo, á poco que las ramas del árbol vecino tocasen al suyo, apoyaba sus dos pulgares sobre una rama de aquel en que se hallaba, y se lanzaba al otro como una ardilla. Por esto se puede juzgar la fuerza y consistencia que debian tener sus pulgares, para sostener así su cuerpo mientras brincaba.

M. de Epinoy la dejó encargada al pastor, cuya casa estaba al lado del palacio. Este hombre se la llevó, pues, á su casa para comenzar á domesticarla, y tanto trabajo le costó el considerarla como una criatura humana que en la aldea la llamaban todos la Bestia del pastor. Habia que tenerla encerrada, pero siempre practicaba agujeros en las paredes y en los techos sobre los cuales corria lo mismo que en el suelo, dejándose cojer á duras penas, y pasando por aberturas tan pequeñas que parecia imposible después de haberlo visto. Una vez se escapó de la casa, cuando hacia un tiempo horroroso de frios y de nieve, llegó al campo y se refugió en un árbol: temiendo las reconvenções de M. de Epinoy, todo el mundo se puso en movimiento, hasta que al cabo se la halló en el árbol donde se había guarecido.

Aun después de haber pasado muchos meses en Songy, no podia articular una palabra; solo pronunciaba algunas voces que parecian de su lengua natural. Para dar los buenos dias decía: *Yas, yas, foul*, é hizo entender que debian decir *Riam, riam foul*, para llamarla. Por lo demas, trataba de darse á entender con ahullidos horribles, sobre todo cuando eran hijos del temor ó la cólera. Los mas espantosos eran cuando se acercaba á ella ó queria tocarla alguno á quien nunca habia visto.

Cuando M. de Epinoy estaba en Songy y recibia visitas, se complacía en que le llevarán á la jóven, que comenzaba ya á domesticarse, y que habia ido descubriendo un humor

may alegre y una predisposición mas marcada cada día á perder sus hábitos de ferocidad salvaje. Sin embargo costó muchísimo trabajo el acostumbrarla á que no comiera las cosas crudas. Los primeros ensayos para que probara mandas acondicionados con harina y sal, le hicieron sufrir fuertes dolores de estómago. Un día que estaba en el palacio presenciando una gran comida, notó que no había nada bueno en la mesa, puesto que todo estaba cocido y sazonado: partió como un relampago, se fue á las orillas de un estanque y volvió con el delantal lleno de ranas que fué repartiéndolo á manos llenas entre los convidados, gritando con el mayor gozo: «*Tien, man, man; donc tien*!». Fácil puede ser figurarse el efecto que esto causó entre los que se hallaban sentados á la mesa, que se apresuraron á arrojar al suelo las ranas que saltaban por todas partes. La jóven muy sorprendida de que no se hiciera caso ninguno de un manjar tan delicado, recojió una por una todas las ranas, echándolas en los platos y sobre la mesa.

M. de Epinoy resolvió por fin el poner á la jóven en el hospicio general de Chalons, donde se recibía á los hijos de los pobres, de uno y otro sexo, para mantenerlos hasta la edad de quince ó diez y seis años. Fué bautizada en la iglesia de San Sulpicio bajo los nombres de Maria-Angélica, pero regularmente le daban todos el singular apodo de la señorita Leblanc. Muchos años permaneció en aquel hospicio, saliendo algunas veces para ir al palacio de Songy que siempre veía con alegría. Un día se arrojó toda vestida en un estanque, se paseó nadando por todos lados, y se detuvo en una pequeña isla, donde echó pié á tierra para cojer ranas y comérselas con el mayor descanso.

Del hospicio pasó á un convento llamado la *Communauté des Régentes*, donde el duque de Orleans que la vió al pasar por Chalons, de vuelta de Metz, la señaló una pensión.

En 1737, la reina de Polonia que pasó por Chalons, yendo á tomar posesion del ducado de Lorena, mandó que trajeran á su presencia á la jóven salvaje. Segun dijo esta misma señora, el sonido de la voz de la jóven era muy agudo y penetrante, sus palabras breves y cortadas, y sus ademanes como los de una niña; en sus modales se distinguía, que no paraba su atención sino en aquellos que la acariciaban. La reina de Polonia la prodigó muchos halagos, y como la dijeron que era muy diestra en correr, quiso que la acompañara á la caza. Allí viéndose en libertad, y entregándose á sus instintos naturales, la jóven siguió á la carrera á las liebres ó conejos que se presentaban, los cojía, y volvía al mismo paso á traérselos á la reina. Esta princesa manifestó el deseo de llevarla consigo para colocarla en un convento en Nancy; pero se lo quitaron de la cabeza las personas que estaban encargadas de cuidarla. La jóven presentó á la reina muchas flores artificiales que ella misma había hecho por que descollaba en este género de trabajo, así como en las obras de tapicería.

En 1747 la pobre jóven aborreció su convento, porque se avergonzaba de hallarse á menudo en relacion con personas que la habían visto al salir del bosque, antes de estar domesticada, y que á veces se lo hacían sentir con gran dureza. Así fué que pidió y obtuvo el permiso de pasar al convento de Santa Memehould, y á su legada á esta ciudad, en el mes de setiembre, la Condamine, de la Academia de ciencias, comió con ella en la mesa de la posada donde se había apeado, y la dirigió numerosas preguntas. La jóven le confesó que sentía mucho no haberse aprovechado de los ofrecimientos que le hiciera en otro tiempo el duque de Orleans para llevarla á un convento de Paris. La Condamine

le prometió que recordaria al príncipe esas promesas, quien en efecto, la llevó á Paris, y la colocó en las Nuevas Callicacas de la calle de Santa Ana, donde fué á hacerla una visita. En esta casa hizo su primera comunión y fué confirmada. Despues pasó á la Vistacion de Chaillot, y ya se disponía á tomar el velo, cuando cayó enferma de peligro, á consecuencia de un golpe que llevó en la cabeza, por la caída de una ventana. El duque de Orleans la mandó transportar á las Hospitalarias del arrabal de San Marceau, donde permaneció largo tiempo enferma y débil, y como el duque de Orleans murió en aquel intervalo, la jóven se quedó sin protector ninguno. Las noticias biográficas se quedan en una época en que habiendo perdido la salud, y á la edad ya de cuarenta años, parecia quererse retirar á un cuartito que la había ofrecido una persona caritativa.

Inútil es decir que en cuanto aquella pobre criatura logró aprender algunas palabras de francés, todos se apresuraron á saber en que país había nacido, y como había llegado al sitio en donde se la encontró; pero nadie pudo obtener de ella pormenores con visos de certeza. Contó que dos ó tres días antes de que la cojeran en Songy se hallaba en compañía de una jóven de mas edad que ella, y que ambas habían atravesado á nado un río donde sumerjiéndose habían sacado algunos peces. Un cazador que había visto á lo lejos las dos cabezas negras de aquellas jóvenes, las tiró un escopetazo, que por fortuna no las alcanzó, porque las tomó por dos gallinas de agua; ellas se sumerjeron y se ocultaron á la vista del cazador detras de unos juncos. Al salir del río habían encontrado en el suelo un rosario, y se disputaron á golpes su posesion; la mas jóven fué mas fuerte y se quedó con él, pero á consecuencia de esta querrela se separaron.

Muchas veces insistieron con la jóven salvaje para que hiciera todos los esfuerzos posibles á fin de recordar algo de su infancia. Reuniendo todos los detalles que ella dió en diferentes épocas de su vida, se pudo suponer que había nacido en el Norte y probablemente entre los esquimales, de donde quizás había sido transportada á las Antillas y despues á Francia. En efecto, ella aseguraba que dos veces había atravesado largos espacios de agua, y se conmovia cuando la enseñaban estampas representando cabañas y barcas del país de los esquimales, y cañas de azúcar y otros productos de las islas de América. Decia que creía acordarse haber pertenecido como esclava á una señora que la quería mucho, pero que su marido, no pudiéndola sufrir, la había embarcado.

Esta pobre criatura excitó mucho interés y curiosidad en Francia á mediados del pasado siglo. En el mes de setiembre de 1731 se escribió sobre ella un artículo en el *Mercurio de Francia*, y en 1755 salió un folleto del cual hemos sacado nuestro relato. En el día un descubrimiento semejante no moveria méenos, y probablemente no se tartaria mucho saber la verdad acerca del origen de una persona así abandonada. La facilidad de las comunicaciones, la policía, la actividad de la prensa y la publicidad, suministrarían prontamente los medios de llegar á las esplicaciones naturales de un acontecimiento semejante. Ademas esa misma sorpresa de nuestros padres y esa imposibilidad de poder penetrar lo que había de oscuro y misterioso en la vida de la pobre salvaje, es lo que puede hacer algo interesante esta anécdota en el día.

LA COSECHA DE FRUTAS EN SUIZA.

El invierno ha vuelto á entrar en posesion de las altas montañas; cada día va bajando algunos pasos por la llanura y todos se apresuran á recojer los frutos en los valles, como se entran viveres en la plaza amenazada, á la aproximacion del enemigo. La aldeana que se va con el cesto lleno, echa una mirada sobre las montañas que blanquean, y parece burlarse de la intemperie, arrebátandola su riqueza.

El horno está encendido para secar la mayor parte de las manzanas partidas en cuatro, porque los *schmitz* forman el bocado mas esquisito de toda la familia durante la estacion del frío. La ribera suiza del lago de Constanza es para el viajero como un bosque de manzanas y de perales; sus habitantes hacen mucho comercio de sidra y de frutas secas. El Rheintal (valle del Rhin sobre el lago) se halla tambien cubierto de árboles frutales; el país posee ademas pastos comunes, y se permite plantar árboles á los particulares; algunos tienen de este modo grandes arboledas. El pobre no está olvidado, puesto que puede recojer en el suelo toda fruta caída.

En los valles mas fríos el cerezo reemplaza el peral, y por eso en ciertas parajes del Oberland se coje una gran cosecha de cerezas que destiladas producen un licor muy celebrado y conocido bajo el nombre de *Kirchmoss*.

Sin embargo hasta hace poco ha estado muy descuidado en Suiza el cultivo de los árboles frutales. Se plantaban al acaso las primeras especies que salian dejando que el árbol se elevara casi por sí mismo, sin ningún cuidado. La pera, la manzana, y la cereza silvestre, usurpaban á menudo los terrenos mas fértiles y mejor situados; los árboles eran magníficos como unas verdaderas plantas de bosque, pero sus frutas no valian nada.

Sin embargo, como la naturaleza tiene recursos y secretos que la son propios, se hallaban en ciertas localidades favorecidas otras frutas mejores, debido únicamente á la naturaleza del terreno ó del puesto que ocupaban; se elogiaban las cerezas de Montreux, las manzanas del canton de Berna, las castañas de Monthey, y las ciruelas de Basilea; pero tan grande es el poder de la rutina, que seguian creciendo en la mayor parte de los huertos las especies comunes. Poco á poco este estado de cosas se fué mejorando; los planteros de Ginebra y de Chambéry enriquecieron aquellos valles con las frutas mas estimadas en Francia y en las comarcas vecinas.

Un francés, M. Lainé, fué, bajo este punto de vista, uno de los bienhechores de la Suiza. M. Lainé principió por establecer en su dominio de Malley á media legua de Lausana, un vasto plantel, que suministró durante mas de veintiseis años á las comarcas vecinas plantas escogidas á precios accesibles á todas las fortunas. Si los hombres útiles tuviesen siempre una reputacion igual á sus servicios, el nombre de M. Lainé seria mas conocido. Cuántas huertas le deben sus riquezas! El dominio que poseía es admirable por la riqueza de las tierras, la abundancia de las aguas y el lujo de la vegetacion, pero encima de esas hermosas praderas, bañadas por dos arroyuelos que pasan por el fondo del valle, se estiende sobre la altura una plataforma que parecia muy poco propia para el cultivo; es una tierra lijera y arenosa; M. Lainé se lisonjeó de sacar de ella un partido ventajoso para el

objeto á que la destinaba, y en efecto allí logró establecer un rico plantel cuyos productos eran tanto mejores cuanto que habiendo salido en una tierra poco fecunda, prosperaban mas fácilmente en aquellas en que los trasplantaban. Este establecimiento fué mejorándose hasta la muerte de su propietario. Cuantas veces hemos visto á ese hombre afable y hospitalario hacer los honores de sus plantíos á sus buenos vecinos, á los forasteros distinguidos, á sus compatriotas, y á los viajeros del antiguo y del nuevo mundo! M. Lainé hablaba con pasion de sus trabajos agrícolas. Cada año traía consigo una mejora. En la mesa de Malley se servian á los postres, las mas hermosas frutas del mediodía, recojidas en el dominio, y por la tarde se tomaba el té de la China, recojido en las orillas del Lemán. M. Lainé ha sido uno de los principales promotores de la agricultura en la Suiza francesa: el lector nos perdonará que les hayamos rendido este homenaje en presencia de una escena campestre que recuerda vivamente sus beneficios.

Por lo comun los huertos rodean las casillas de los aldeanos, embelleciéndolas; el campesino desea tener á su lado esos árboles fecundos, para seguir con la vista sus tesoros, desde que las frutas florecen hasta que maduran. Sin embargo, á veces los árboles frutales se hallan bastante lejos del domicilio para que haya que consagrar un día entero á la recoleccion, dia que se fija de antemano y para el cual siempre se convidá á algunos vecinos. Entónces la recoleccion de las frutas se vuelve una fiesta verdadera. Se toman sacos, cestos y canastillos, se va en un carro, se lleva la comida al campo, y se saca antes de la cueva el mejor cántaro de vino.

Llegados al punto á donde se dirijen, que siempre es algun valle alombrado de verde yerba, se desenganchan los caballos ó los bueyes, se les echa un pienso á la sombra, y se ponen todos á cojer fruta como si se tratara de ganar un premio. Qué cuadro tan pintoresco presentan bajo esos árboles tortuosos, esos jóvenes, esos niños y esos ancianos todos ocupados y todos dichosos; y en lontananza, una cuspide plateada, abetos negros, un lago trasparente ó el polvo de una cascada; las aves de paso huyendo á todas alas, los rebaños bajando de las montañas y el cazador con su perro que pasan por detras de las zarzas... La juventud ocupada en su recoleccion no vé nada de todo eso; olvida hasta el dulce sol que vierte sobre ella sus tibios rayos y dora por última vez las sazonadas frutas, como el artista lanza una postrer mirada á la obra predilecta que saacan de su estudio.

Pero no todas las frutas del huerto se cojen de la misma manera. Las hay preciosas y escogidas que necesitan cojerse delicadamente y estas se depositan con precaucion en una especie de alforja llevada al hombro: las frutas destinadas al horno y al lagar, muchedumbre sin honor, son fuertemente sacudidas, y caen como el granizo sobre la yerba. Poco á poco se llenan los sacos, los cestos y los carros: el dueño no sabe donde poner tantos bienes, al ver que se levantan bajo los árboles montones de frutas.

Dónde están los placeres que pueden equivaler á trabajos semejantes? El que los ha conocido compone en su mente idilios que tienen la frescura y la verdad de Teócrito.

Me acuerdo de que un vecino nuestro tenia un gran bosque de castaños, en el centro de cuatro ó cinco aldeas, el cual se hallaba dividido en infinitas porciones. Habia propietarios hasta de tres árboles, de cinco ó de seis. Un día se habian citado todos para hacer la recoleccion á fin de que ninguno

tuviere que quejarse despues. Era una maravilla el ver desde por la mañana como iban llegando todas las familias con los instrumentos necesarios para el caso.

En algunos momentos el solitario castañar se pobló como en un día de fiesta. Cada cual corría á sus árboles, y prin-

cipiaba el ruido. Las mil pértigas que sacudían las ramas; los gritos de los grajos y de los mirlos espantados, y los dichos alegres que se cruzaban de un árbol á otro formaban un estrépito singular. A traves de las ramas se levantaban ligeras humaredas; eran los preparativos de la comida. Los



La cosecha de frutas en Suiza.—Dibujo de Karl Girardet.

niños no dejaban de aprovecharse de la lumbre para asar castañas en la ceniza que sacaban del fuego con presteza para comérselas con la mayor alegría.

Al caer la tarde los grupos se retiraban poco á poco, despues de haberse despedido de sus vecinos hasta la recolección siguiente, y luego el bosque se volvía á quedar tan silencioso como antes.

Donde estáis alegres muchachuelos? donde están vues-

tros padres? El que volviere al teatro de nuestros placeres no encontraría allí mas que campos y viñas. La industria agrícola es tan invasora como las demas, y tambien sus progresos nos dejan ruinas. En muchas comarcas ya no se ven castaños ni nogales; los perales y los manzanos que producen mas, se llevan la preferencia de los aldeanos y por eso se ven en las campiñas de la Suiza cuadros parecidos al que ofrecemos con este artículo á nuestros suscritores.

ALBERTO DURERO.

(Véase la pág. 305.)



A. DURERO.

LA VIRGEN DE LA MONA.

E. DURANDIN & C.

La Virgen de la Mona.

Difícil ó mas bien imposible no sería el hablar aunque sucintamente de las obras de Alberto Durero, uno de los mas vastos jénios de la Alemania, y cuyas producciones se dividen en varias categorías, puesto que fué alternativamente pintor, grabador, escultor, arquitecto, geómetra y escritor.

Alberto Durero entregado á ocupaciones de distintas naturalezas, no pintó mas que un corto número de cuadros al óleo, y solo en las galerías de algunos soberanos de Alemania se puede uno formar un juicio exacto de sus pinturas.

«El gusto, tan profundamente alemán de Alberto Durero, dice un escritor entendido en la materia, le ha alejado de la belleza verdadera, de esa armónica perfección, que existe en todos los países y en todos los tiempos, y que ejerce todo imperio universal. Es cierto que algunas veces, y sobre todo en los Apóstoles, llegó hasta lo sublime, y tambien debemos añadir que si ningún pintor manifestó el dolor con tanta profundidad y energía como lo hizo Durero en el asunto de la Pasión que trató tres veces, nadie ha mostrado tampoco mas gracia y ternura que él en su Vida de la Vir-

jen. Laterano ardiente, nada le inspiró tanto como la Escritura, y consagrado enteramente á ese sentimiento cristiano de la edad media, dejó ver en todas sus obras su corazón evangélico. Y sin embargo, á juzgar por sus últimas pinturas parece que Durero soñó un instante en la alianza del arte gótico con el arte italiano. En tanto que Lutero rompía con Roma, Durero tendía la mano á Rafael. Exceptuando esto, el pintor se manifestó siempre demasiado alemán, es decir que no solo tienen sus obras un carácter nacional sino que casi todas ellas fueron destinadas á las poblaciones de Ultra-Rhin. Se sorprende uno al ver esos tipos extraños, con esas mediatundas y caprichosas actitudes, y esos paños, tan raros y sorprendentes como la raza misma de sus personajes, dispuestos en grandes masas y partidos en una multitud de pliegucillos angulosos que á veces les dan el aspecto del metal. Su colorido claro, fino y de mucho brillo, no está de acuerdo con la naturaleza; es un color inventado, bastante parecido al que se ve en las estampas iluminadas de los manuscritos antiguos, y de una intensidad que hace daño á la vista. Su claro-oscuro tiene también una apariencia fantástica; la sombra y la luz luchan como en una de esas visiones poderosas que le atormentaban durante el sueño; por último, en cada elemento de sus obras se trasluce el alemán puro, el hombre del Norte, que componiendo su vida de vaga poesía, se eleva del mundo real, á la región de las visiones.

La *Virgen de la Mona* que damos hoy, fué hecha para el grabado con otras diez y seis vírgenes mas, y cinco estampas consagradas á cinco discípulos de Jesús.

GERHARD EL BUENO.

TRADUCIDO

DE RODOLFO DE LENS, POETA ALEMÁN DEL SIGLO XVI.

Había antiguamente en Alemania un rico y poderoso emperador muy nombrado por su valor y jenerosidad, llamado Othon el Rojo, y casado con una santa mujer llamada Ottegebe que desde muy joven había consagrado su alma á Dios y que supo desarrollar en el corazón de su esposo el amor á la virtud, el sentimiento de la justicia y el ardor de la caridad.

Ambos se reunieron en un mismo pensamiento de reñijon para fundar el rico arzobispado de Magdeburgo, dándole tierras, ciudades y castillos. El emperador quiso que los canónigos de esa residencia episcopal fuesen elejidos entre los hijos de las mas nobles familias, poniendo de arzobispo á un principe de alto nacimiento y de noble carácter y el mismo quiso ser vasallo del prelado.

Por desgracia cuando dió cumplimiento á esta grande obra penetró el orgullo en su corazón, y dijo para sí que nadie había honrado nunca de tal manera á Dios, y que por consiguiente había merecido un distinguido puesto en el cielo. Un día que se hallaba en su catedral dirigió al señor esta plegaria.

— Señor y dueño de todas las cosas, te he servido tan bien que todo el mundo alaba mi piedad; dime cual es la recompensa que me tienes destinada.

Entonces oyó una voz que le decía:

— El Señor te ha elevado bien alto en este mundo, dándote el poder y la riqueza: has hecho un buen empleo de tus bienes y has ganado un gran puesto en el cielo, pero ya que

te enorgullecies con tus obras, ese puesto te ha sido quitado. Contentate ahora con el favor mundano de que te glorias, y para volver á ganar la recompensa eterna; sigue el ejemplo del buen mercader cuyo nombre se halla inscrito en el libro de vida.

— Cómo! exclamó el emperador; con que hay un mercader que tiene á los ojos de Dios mas mérito que yo?

— Si, respondió la voz; Gerhard de Colonia; anda á verle y dile que te cuente su vida.

A la mañana siguiente Othon montó á caballo, y seguido de una modesta escolta, se dirigió á Colonia. Cuando llegó á la ciudad, convocó á los principales ciudadanos de ella que se apresuraron á ir á su morada. Entre ellos se hallaba un anciano con la barba blanca ante el cual se inclinaban todos con el mayor respeto. Este hombre llevaba unos ricos vestidos; un justillo y un manto de púrpura enriquecido con piedras preciosas, y un magnífico cinturón; era Gerhard el Bueno. El emperador dijo que había venido á pedir un consejo á los habitantes de Colonia, y les suplicó que le designaran entre todos aquel á quien mas estimaban, para conferenciar con él. Por unanimidad nombraron á Gerhard.

Othon se le llevó á su aposento, cerró la puerta y le suplicó que le dijese cual era la acción tan grande que había hecho, y por qué le llamaban Gerhard el bueno.

— Señor, respondió el anciano, las jentes de esta tierra tienen la costumbre, sin saber porqué, de poner apodos. No me merecido el que me dan; únicamente he solido tener á veces buenas intenciones que mi flaca naturaleza me ha permitido realizar, y no he distribuido entre los pobres sino leves limosnas, un poco de pan y de cerveza y algun vestido.

— Sé, replicó el emperador, que has hecho algo que vale mas, y quiero que me cuentes esa acción que tanto te honra.

El anciano se arrojó á sus piés y le suplicó que no abusase de su autoridad imperial para darle semejante órden, añadiendo que, si en efecto, por la gracia de Dios, había tenido la dicha de llenar un deber de cristiano, él mismo anularía el mérito de su obra envaneeciéndose con ella.

Estas palabras hicieron comprender al emperador que aquel modesto ciudadano era infinitamente superior á él que tanto se había enorgullecido con su fundación de Magdeburgo; pero como de nuevo le instó á que le contase los acontecimientos de su vida, Gerhard sin atreverse á desobedecer le hizo la siguiente relación:

A la muerte de mi padre, dijo, heredé una fortuna considerable, que quise aumentar mas todavía en beneficio de mi hijo. A fin de que tomase alicion al trabajo le confié la administracion de una parte de mis bienes; yo tomé una buena suma de dinero, y un cargamento de varias mercaderías y parti para las comarcas paganas. Me llevé provisiones para tres años, eligiendo para mi buque marineros bien experimentados. Desembarqué en la Livonia, en Prusia y en Rusia donde recoji una gran cantidad de pieles, y luego pasé á Damasco y á Ninive donde compré muchas telas de seda. Ya volvía hácia mi país, cuando me vi sorprendido por una borrasca que duró doce días y doce noches, al cabo de los cuales fuimos á parar á la falda de una montaña que ninguno de nosotros conocía. Varios marineros subieron hasta la cuspide para observar lo que había y distinguieron una gran ciudad cuyas calles estaban llenas de elefantes, de mulas, caballos y carretas cargadas de mercaderías. Con estas noticias resolví entrar en la poblacion donde fui muy recibido. El dueño de aquel país que me vió pasar, conoció

que era forastero, y me preguntó si comprendía el francés y si era cristiano, y habiéndome respondido afirmativamente á ambas preguntas, me dijo que me tomaba bajo su protección y que si quería vender mis mercaderías en la ciudad, podía hacerlo sin pagar derechos, señalándome al mismo tiempo por habitación una bonita casa.

Cuando le enseñé los artículos que llevaba, exclamó asombrado:

— Ah! qué cosas tan magníficas! Nunca he visto nada semejante, y solo á mi puedes vender aqui esos artículos preciosos. Quieres hacer un cambio? Te propongo un tesoro que me es inútil aqui, pero el cual te podrá producir grandes beneficios.

Sin mas esplicaciones acepté su oferta. Entonces me condujo á un salon donde vi doce caballeros jóvenes, encadenados de dos en dos, y mas allá en otra sala había quince mujeres de una belleza muy notable.

— Con que aceptas? dijo el señor pagano.

— El qué?

— Estoy dispuesto a venderte esos prisioneros que acabas de ver.

— Y para qué me sirven?

— Puedes venderlos por mucho dinero. Esos caballeros pertenecen á las primeras familias de Inglaterra: estaban encargados de acompañar á una princesa de Noruega que debía casarse con el hijo de su rey, y esa princesa está ahí en la sala de las mujeres, con sus catorce compañeras.

Confieso que esta proposición me sorprendió en extremo, porque me había prometido que iban á abrirse ante mis ojos los tesoros del principe pagano, y no aquellos salones de esclavos. El principe quería que le diese todas mis mercaderías en cambio de aquellos cautivos. Podí venticuatro horas para decidirme, pero aquella misma noche la voz de un ángel me despertó y me dijo:

— Dios está irritado con tu tardanza. De cualquiera manera que socorras á esos desgraciados obtendrás tu recompensa. Si lo haces con el interés de un beneficio pecuniario, lo obtendrás; si es para adquirir algun honor á los ojos del mundo, lo adquirirás; y si es por caridad, por complacer á Dios, ganarás la corona eterna.

Me levanté dando gracias á Dios por su bondad, hice celebrar una misa, y corrí á anunciar al principe que estaba decidido á rescatar sus esclavos. Cuando me condujeron á donde estaban ellos, los hombres se arrojaron á mis piés, prometiéndome que me pagarían el doble de la cantidad que yo daba, y la princesa que hablaba francés, me dijo que su padre el rey de Noruega así como el rey de Inglaterra, me darían por su libertad una crecida suma de dinero.

— No hablemos de dinero, contesté. Consagro con mucho gusto todo cuanto poseo para rescatarlos de vuestro cautiverio; y Dios me preserve de querer sacar de ello algun provecho.

A la mañana siguiente entregué todas mis mercaderías al principe, y al despedirme de él me abrazó llorando, me recomendó á todos sus dioses paganos, Júpiter, Palas, Juno, Mahomet, etc., etc., y me prometió que, en memoria mia, seria en adelante muy caritativo con los cristianos.

El buque en que habían sido apresados los viajeros les había sido devuelto y vogaba junto con él mio. Al cabo de once días de navegacion avistámos las costas de Inglaterra. Dí á los hombres bastantes provisiones para que llegaran á su país, y me quedé con las mujeres para devolverlas al seno de sus familias. Llegué felizmente á Colonia, y anuncié á mis amigos que volvía mas rico que nunca; los negociantes de

la ciudad vinieron á la embarcacion para ver los artículos que traía, y como no vieron otra cosa que las piedras que me servían de lastro creyeron que había querido burlarme de ellos. Mi mujer me reconvinó por que había empleado mis riquezas en rescatar esclavos; pero mi hijo añadió que nos quedaba aun bastante fortuna.

Mandé disponer en mi casa un aposento, para las pobres cautivas. La princesa se puso á trabajar, tejendo de un modo maravilloso las telas de seda y oro. Esta princesa era tan bondadosa y buena, que cuando yo experimentaba algun disgusto con solo verla me consolaba.

Sin embargo á pesar de todas mis tentativas, no recibía noticia ninguna de su familia, é ignoraba el paradero de los caballeros que habían debido entrar ya en Inglaterra. De este modo pensé que el rey de Inglaterra y el de Noruega se habían muerto, y para asegurar la suerte de esa jóven extranjera que se hallaba en Alemania sin parientes y sin recursos, la pregunté si quería casarse con mi hijo; ella me respondió que estaba dispuesta á hacer todo lo que yo deseara aunque fuera servir en la casa, pero que antes de unirse con mi hijo me suplicaba que le acordase un año mas de plazo, esperando que en ese tiempo podría saber quizá lo que había sido de su padre y de su prometido.

El año se pasó sin recibir noticia ninguna de Noruega ni de Inglaterra, y entonces la princesa me dijo que estaba pronta á aceptar la proposición que la había hecho. Fui á ver al ilustrísimo arzobispo de Colonia y le conté lo que había sucedido; este santo prelado aprobó el partido que yo tomé respecto á la princesa, y para poner á mi hijo al nivel de una mujer de tan alto nacimiento, le nombró caballero. Dispuse un gran banquete para la celebracion del matrimonio. Cuando estábamos sentados á la mesa vi á un pobre jóven de pié en un rincón, que de tiempo en tiempo miraba timidamente á la princesa y enjugaba una lágrima en sus ojos. Acercuéme á él, le pregunté quien era, y me dijo que era Guillermo heredero del reino de Inglaterra, que al volver de Noruega donde había ido á ver á su futura, le había acometido una borrasca en una playa extranjera; que allí había ido buscando por todas las comarcas á la jóven princesa, y que estaba muy desconsolado porque al fin la hallaba en el momento en que iba á casarse con otro.

— Tranquilízate, le respondí; aun no sabéis lo que la bondad de Dios os reserva.

Le llevé á un curto donde se le dieron nuevos vestidos, y luego fui á dar cuenta de este descubrimiento al arzobispo, quien me manifestó que el matrimonio de mi hijo no podía verificarse ya. Mucha pena le causó la noticia á mi hijo; pero le dije que debía someterse á los designios de la Providencia, y se resignó á ello. El mismo día se casaron el principe y la princesa, y yo me embarqué con ellos para acompañarlos á Inglaterra.

Cuando llegamos al puerto de Londres, dejé al principe en el buque, y bajé solo á tierra con uno de mis criados. Una gran cantidad de tiendas se habían levantado en la playa, y había tantos extranjeros en la ciudad, que me costó muchísimo trabajo hallar donde alojarme. Entonces supe que, habiendo muerto el rey, se iba á nombrar á su sucesor, y que la eleccion se hallaba confiada á venticuatro caballeros y tres prelados. Monté á caballo, y como estaba ricamente vestido, me tomaron por un personaje importante, dejándome llegar hasta la asamblea de los electores. Uno de ellos me preguntó cual era mi nombre y de donde venia.

— No soy, respondí, mas que un simple mercader, Gerhard de Colonia.

Al oír estas palabras se levantaron los caballeros y declararon que el mismo Dios era quien me enviaba á su país, y que sería su rey; y á pesar de mis protestas y de mi resistencia, fui trasportado al salón del Trono, donde pusieron en mi cabeza la corona de Inglaterra.

Cuando se restableció la calma, logré por fin hacer entender que no podía ser su rey, por la razón de que vivía el hijo de su soberano legítimo, el cual se hallaba junto á ellos. Esta noticia escitó en toda la asamblea, así como en el pueblo, un entusiasta gozo. El príncipe, á quien habia avisado, desembarcó en la playa, y salieron á recibirle la muchedumbre y los caballeros con sus banderas.

Al instante fué proclamado rey por un acuerdo unánime de los habitantes de toda la comarca, y por las diputaciones de la Escocia, de la Irlanda y del país de Gales. Despues llegó, con una comitiva inmensa, el rey de Noruega, á quien se anunciaron todos esos venturosos acontecimientos. El advenimiento al trono, y el matrimonio de Guillermo, se celebraron con fiestas, banquetes y pomposos torneos. Despues del rey Arturo nunca habia estado tan brillante la Inglaterra.

Allí permaneci mientras duraron tan alegres fiestas, y cuando manifesté la intencion de volver á mi país, el rey me

suplicó que permaneciese á su lado, ofreciéndome un puesto en su consejo y el ducado de Kent, y luego la ciudad y el condado de Londres; pero no tuve por conveniente aceptarlo. Entónces me suplicó que al ménos me permitiese triplicar el valor de lo que habia dado por libertad á su esposa y á sus caballeros, pero tampoco quise tomar nada.

En el momento en que iba á partir me dijo la princesa:

— Mi querido padre, me permitiréis que envíe un recuerdo á vuestra mujer.

Y me envió tanto oro, tanta plata y tantas piedras preciosas, que si lo hubiese traído todo, habria sido el mercader mas rico de toda la Alemania. Unicamente acepté un anillo y un cinturón, y me volví á Colonia, donde principiaron á llamarme Gerhard el Bueno; pero no merezco este título, porque no soy mas que un pobre pecador.

Cuando el emperador oyó esta historia, dijo á Gerhard:

— Con razón te han apellidado el Bueno; y vales mucho mas aun que tu renombre. El cielo te recompensará por tu virtud, y yo te agradezco infinito la lección que acabas de darme.

Dicho esto le dió un abrazo, y se fué á Magdeburgo á explicar el pecado de orgullo que habia cometido.

CLAUDIO DE LÓRENA.

(Véase la pág. 162.)



El Abrevadero.

El verdadero maestro de Claudio de Lorena fué el sol. Pero cuánta paciencia, cuántos trabajos, fatigas y penas le costó para entrar en lucha con semejante modelo! Claudio quiso penetrar mas que ninguno en los mas secretos misterios de la naturaleza; quiso sorprender el sol á todas las horas del día, para saberse de memoria, no los caprichos, sino las armonías de la luz. Muchas veces se levantaba antes del alba

y se iba por medio de los campos á observar los fenómenos del nacimiento del día. En tanto que los demas hombres seguian entregados al sueño, Claudio se hallaba ya apostado en alguna eminencia, como una centinela avanzada del arte, y la aurora le mostraba el deslumbrante estuche de sus pedrerías, que consiste en ligeras nubes y transparentes vapores. De este modo recorría los luminosos paisajes, sin lápices, y sin

caja de pintar, y así antes de tocar todas esas bellezas con el pincel, ya las habia pintado, por decirlo así, con la mirada. Despues cuando volvía al silencio de su estudio, Claudio trataba de reproducir en el lienzo el cuadro que llevaba compuesto ya en su memoria, y como habia observado los grandes efectos mas bien que los accidentes, se hallaba seguro de que el importuno recuerdo de algun detalle de la vegetación no vendría á perjudicar á la armonía del conjunto. Su genio de pintor procedía como el sol mismo que envuelve todas las infinitas variedades de la naturaleza bajo el manto único de su inmensa luz.

Entre todas las horas del día, Claudio daba la preferencia á las del ocaso; en sus cielos hay siempre pocas nubes: algunas se arrastran como largos velos de gasa que se inflaman al llegar al astro.

Claudio consagró una gran parte de su vida al dibujo y al grabado en agua fuerte. En el año de 1636, ya habia grabado sus principales obras, entre las que se cuenta el *Campo Vaccino* donde tan hermosa se presenta la ciudad romana.

En la coleccion de la reina de Inglaterra se conserva un dibujo de Claudio que lleva la fecha de 1682, representando una escena de la Eneida. El pintor tenia entónces ochenta y dos años y trabajaba aun! En el mes de noviembre de ese mismo año murió y fué enterrado en la iglesia de la Trinidad del Monte, dejando por memoria á sus sobrinos, entre otras riquezas, su *Libro de verdad*, donde se hallan reproducidos la mayor parte de sus cuadros.

LAS MUJERES VERDES.

Composicion fantástica en un acto, escrita para ser puesta en música, por don Victor Balaguer y don Francisco J. Orellana.

DECORACION.

Interior de una choza aislada y solitaria en las montañas de Escocia. Una mesa con restos de una cena. Es de noche. La puerta en el fondo. A un lado un hogar en que brilla un grande fuego. Cuando se abre la puerta se ve una hermosa perspectiva de monte y bosque iluminada por la luna.

PERSONAJES.

RICARDO.
EDUARDO.
LA HADA DEL LAGO.
LA MUJER DEL BOSQUE. } mujeres verdes.
Cazadores.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO, EDUARDO.—Cazadores discutiendo unos por la escena, sentados otros á la mesa y otros en torno al hogar.

LOS CAZADORES.

Brilla la luna, — susurra el viento, la noche es bella, — viva el amor! vibre en los aires — de nuestro acento cántiga dulce — fuere clamor.

Que alegre goza — y alegre vive cruzando montes — el cazador.

Buena es la caza — que en ella estriba goce el mas dulce — mas seductor...

si, sí, cantemos — y viva, viva, viva la dicha, — viva el amor!
Que alegre goza — y alegre vive cruzando llanos — el cazador.

EDUARDO.

Id, compañeros, del reposo y calma ya el reloj dió la hora, id, que mañana mismo á la caza entregar se debe el alma, cuando despunte la rojiza aurora.

Los cazadores se despiden de Ricardo y Eduardo. El primero se sienta junto al hogar. El segundo permanece en la puerta siguiendo con la vista á los cazadores. Breves instantes de silencio. Dan las doce en un reloj lejano. Eduardo se estreñece y corre desparovido hácia su camarada.

ESCENA SEGUNDA.

EDUARDO — RICARDO.

EDUARDO.

Oíste?

RICARDO.

Qué?

EDUARDO.

La funeral campana. Son las doce, Ricardo; esta armonía que en el aire columpiase lejana, embarga de pavor el alma mía, que cuando el bronce á media noche zumba abre su boca la olvidada tumba.

RICARDO.

Visiones tuyas nada mas, Eduardo.

EDUARDO.

Tiemblo, si.

RICARDO presentándole un vaso.

Bebe, pues!

EDUARDO.

Tiemblo, Ricardo!

De noche en las montañas, al brillo de la luna, se ven sombras extrañas inquietas divagar, y el alma se estreñece y empleza acongojado el pecho amedrentado opreso á palpitar.

Son las mujeres verdes, sirenas corruptoras, bellezas seductoras que te hacen succumbir; que mientan á tus ojos un porvenir de flores, y hablándote de amores te llevan á morir.

RICARDO.

Yo no temo ni á espectros ni á sombras,
en mi pecho se alberga el valor,
y si llega hasta aquí una sirena
vive Dios que he de hacerla el amor.

EDUARDO.

Yo si creo en espectros y en sombras
y no tengo contra ellos valor,
las sirenas me aterroran, me espantan,
los fantasmas me infunden pavor!

La voz de la mujer del bosque, dentro.

Dónde vas tan triste y sola
de este bosque en la espesura?
—A buscar voy la ventura
en el seno del amor,
que yo tengo por amante
á un gallardo cazador!

(Al oírse el primer eco de la voz, los dos amigos han quedado inmóviles y aterrados.)

EDUARDO.

Oíste?

RICARDO.

Si Latir apresurado
siento el pecho, de amor.

EDUARDO.

Infortunado!

RICARDO.

De la voz al dulce acento
que hasta aquí condujo el viento
siento exánime mi pecho,
dulcemente palpitar.

EDUARDO.

De la voz al dulce acento
que hasta aquí condujo el viento,
siento nube vaporosa
mis sentidos embargar.

ESCENA TERCERA.

Dichos, las dos mujeres verdes.

(Se ha abierto repentinamente la puerta y aparecido la Hada del lago y la Mujer del bosque con los cabellos flotantes, pálidas, una túnica blanca ceñida por un cinturón verde.)

LA MUJER DEL BOSQUE.

Cazadores, refugio en vuestra choza
venimos á pedir.

RICARDO.

Y en ella asilo
mi voz ofrece, plácido y tranquilo.
Ante su imagen

tan hechicera,
mi pecho altera
vago temor.
Perdida siento
mi pobre calma,
siento que el alma
bulle de amor.

LA MUJER DEL BOSQUE.

Ante mi imagen
tan hechicera,
su pecho altera
vago temor.
Perdese veo
su pobre calma,
nacer en su alma
rayo de amor.

RICARDO.

Qué es esto, cielos,
de mi alma entera
ya se apodera
vago temor.
Siento perderse
mi pobre calma,
hierve en el alma
miedo y amor.

LA HADA DEL LAGO.

Solo á mi aspecto
ya se apodera
de su alma entera
vago temor.
Perdida veo
su pobre calma;
nace en el alma,
nace el amor.

LA MUJER DEL BOSQUE á Ricardo.

Bella y hermosa es la noche,
dulces susurran las flores,
departamos pues de amores
junto al encendido hogar.

LA HADA DEL LAGO á Eduardo.

Ven, cazador, á mi lado,
y de amores hablaremos
y de amor suspiraremos,
porque es tan dulce el amar!

RICARDO á la mujer del lago.

Oye, mi bien, la cántiga
que en su volcan deshecho
te ofrece amante el pecho,
emanacion de amor.
Embargan mi alma toda
la duda y el pavor.

LA MUJER DEL BOSQUE á Ricardo.

Huyan terrores pánicos
de tu amoroso pecho,
que el mundo albergue estrecho
será para mi amor.
Decidme, cazadores,
sabéis lo que es morir, cantando amores?

RICARDO.

Jamás tanto gocé.

EDUARDO.

Ni yo tampoco.

LA HADA DEL LAGO.

Es la dicha mas pura
que guarda en su crespón la noche oscura.

LA MUJER DEL BOSQUE.

Sin vano murmullo
la noche sombría
mas bella es que el día,
mas llena de amor.
Gocemos, gocemos,
placer sin segundo,
mas vale que el mundo
mi fiel cazador.

RICARDO.

La noche serena
sin bruma sombría,
difunde alegría,
convida al amor.
Gocemos, gocemos,
en tanto que el mundo
al sueño profundo
la roba el vigor.

LA HADA DEL LAGO.

La noche derrama
sutil armonía,
y dulce ambrosía
difunde en redor,
la sombra es un velo
de goces fecundo;
no hay dicha en el mundo
cual noche de amor.

EDUARDO.

Bendita es la noche
que placida envía
la luna por guía
y antorcha de amor;
al goce aspiremos,
deleite del mundo,
que brinda al profundo
nocturno sopor.

LA MUJER DEL BOSQUE, á la Hada del lago.

Bella es la soledad, amiga mía,
en brazos del placer: á tu morada
con tu fiel cazador los pasos guía.

LA HADA DEL LAGO, á Eduardo.

Ven, ven, mi cazador, ven hasta el lago
donde mi amor ardiente
reserva para ti mi dulce alhago.
Allí el sereno ambiente
empujará mi barca, y yo contigo
navegaré de amor por la corriente...
Te detienes, mi bien...

EDUARDO.

No, ya te sigo.
(Sale la hada y sigue á Eduardo.)

ESCENA CUARTA.

RICARDO. — LA MUJER DEL BOSQUE.

LA MUJER DEL BOSQUE.

Acércate, dueño mío,
tu labio pon en mi seno
y verás brotar un río
de dulzura sin igual.

(Ricardo se acerca á la Mujer del bosque y al querer abrazarla, se desprende la túnica blanca que la cubre y aparece vestida de verde con llamas doradas.)

LOS DOS.

Serán dulces nuestros lazos,
nuestra dicha celestial.

RICARDO.

¡Oh! ¡qué miro!
¿qué me pasa?
¡dicha escasa,
yo deliro;
se me abraza
el corazón!

LA MUJER DEL BOSQUE.

Tú eres mío,
¡ya deliras!
con tus iras
á mi brio
solo inspiras
compasión.

A DOS.

Mano suprema
turba mi mente
siento en mi frente
demente ardor.
En vano luchas
contra tu sino
que es mi destino
morir de amor.

Suenan á lo lejos cornetas de los cazadores.

RICARDO.

Este ruido que rasga los aires,
otras veces sentirlo creí.

LA MUJER DEL BOSQUE, turbada.

Son del bosque los tristes lamentos.
Ven, salgamos, bien mío, de aquí.
Los cazadores, á lo lejos.
Halali! halali! cazadores,
que se escapa la pieza, halali!

ESCENA QUINTA.

Dichos. RICARDO, LA HADA DEL LAGO, con túnica verde.

Enseguida los cazadores.

LA HADA DEL LAGO á su compañera.

La aurora se adelanta. El alto monte
baña la luz insana,
precursora del sol de la mañana.

LA MUJER DEL BOSQUE.

Que me dices?

LA HADA DEL LAGO.

Si, sí, los cazadores publican sus albores.

LOS CAZADORES, *entrando.*

Viva la caza!—viva el contento!

viva el aliento—del cazador!

Rauda se acerca — la luz del día

dando alegría — su puro albor.

LAS DOS MUJERES VERDES.

Negro espanto

me atormenta,

siento lenta

turbación :

la luz triste

de la aurora,

que evapora

el corazón.

RICARDO Y EDUARDO.

Ya el espanto

que me afrenta,

de mi ahuyenta

su opresion :

la luz pura

de la aurora,

corrobora

mi razon.

TODOS.

Son las mujeres verdes

que temen ver la luz,

conjure sus hechizos

el signo de la cruz.

(Ricardo hace una cruz con dos flechas y conjura con ella á las mujeres verdes. Se alzan dos nubes que envuelven á las dos hadas, mientras la luz del día penetra en la cabaña y entonan los cazadores el siguiente coro.)

TODOS.

Oh! ventura! las verdes mujeres

derrotadas al aire se lanzan,

y entre nubes fantásticas danzan

desprovistas de fuerza y valor.

Viva el nûmen de luz y hermosura

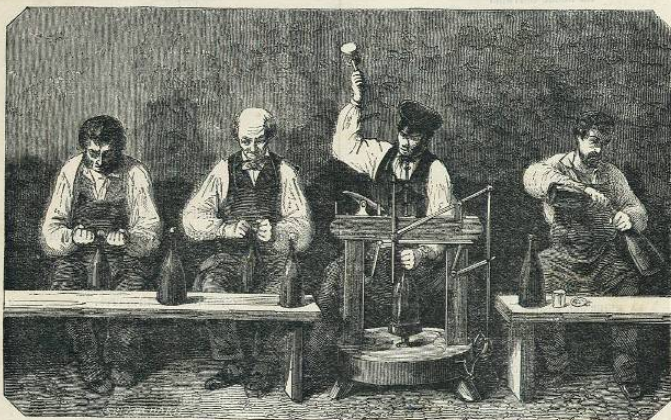
que á la tierra sus rayos envía,

el que enciende la antorcha del día

y destruye las sombras de horror.

FIN.

VINO DE CHAMPAÑA.



Obreros tapando las botellas.

En la Champaña como en todas partes, la calidad del vino es debida á la tierra, tanto como al cultivo de la viña. En otras localidades puede haber excelentes vinos espumosos, pero solo en la Champaña se fabrica el buen vino de este nombre.

La viña se cultiva poco mas ó ménos como en todas partes.

En el mes de febrero se hace una poda. Cuando se encuentran sîilos vacíos, se conserva toda la longitud de las cepas; ó mas bien se hacen dos ó tres nuevas cepas enterrándolas en unos hoyos de 40 centímetros de profundidad, cubriéndolas de estiércol.

(Se concluirá.)

VINO DE CHAMPAÑA.

(CONCLUSION.)

En el mes de marzo se caban las viñas, siendo necesario escardar despues. Cuando los pámpanos están crecidos se

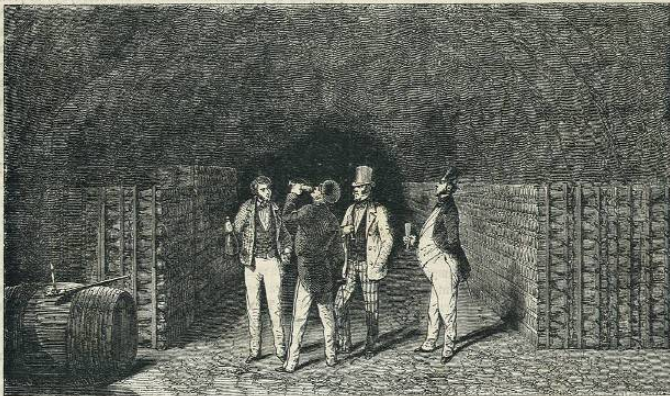
sujetan así como la cepa toda en una estaca. Como ya en esta época comienzan á pintar las uvas, se cortan las puntas de los pámpanos, lo que concentra la savia en los racimos. En el mes de julio se escarda de nuevo.



Bodega de las cubas.

Los buenos cosecheros toman mil precauciones para la vendimia: elijen las uvas racimo por racimo, desechando todos aquellos que no son bien gordos ó que no están bas-

tante maduros. Los buenos se llevan á la prensa-lagar por caballerías que van al paso, y se presan enseguida, porque es muy importante que se disuelva en el jugo la materia



Bodega de las botellas.

colorante adherida al pellejo de las uvas. La presión se repite tres veces seguidas, al cabo de las cuales se deposita durante veinticuatro horas en una cuba *ad hoc* el mosto

que ha salido, que es, propiamente hablando, lo que se llama vino de Champaña. Esta operación tiene por objeto el quitar el ácido; despues se vierte en pipas, que no se llenan